

Asamblea constituyente, podía estar seguro el Gobierno.

Bajo el pretexto de distribuir banderas al ejército y á la guardia nacional, el 20 de Abril abrió de nuevo las puertas de la capital á las tropas aquella fiesta de fraternidad, dando lugar á que los clubs rugiesen de cólera y que los periódicos anarquistas traspasasen los límites de la injuria y de la provocación, y aun cuando con ellos formasen causa común los talleres nacionales que reunieron más de ciento cincuenta mil hombres afiliados casi todos al motín, París permaneció tranquilo.

Verificadas las elecciones, hechas bajo la influencia ó impulso de diferentes partidos, enviaron á la Cámara las notabilidades de todos ellos, predominando el elemento republicano, ó personalidades que abiertamente se habían adherido á la República, siendo muy pocos los diputados de la última legislatura monárquica y aun éstos con una débil mayoría, como le sucedió á Odilon Barrot.

Thiers y el general Bugeaud no fueron elegidos.

Los miembros del Gobierno provisional y sus principales funcionarios, fueron nombrados en París, donde los delegados de los clubs y de los talleres nacionales al admitir en sus listas nombres oscuros é insignificantes, habían ellos mismos reducido á la impotencia la enorme fuerza electoral que representaban.

El día 4 de Mayo, París inauguraba nuevamente la República, constituyéndose la Asamblea nacional, cuyos novecientos miembros se reunían por primera vez presididos por Audry de Puyraveau, presidente decano y un antiguo conspirador.

Un hermoso sol de primavera, contribuía á dar á la población un aspecto festivo, y el pueblo que llenaba todas las inmediaciones de la Cámara de diputados, custodiada por la tropa y la guardia nacional, gritaba sin cesar hasta perder el aliento: ¡Viva la República! ¡Viva el Gobierno provisional! ¡Viva Lamartine! ¡Viva Ledru-Rollin!

Notable fué por su solemnidad la primera sesión que se celebró, en la cual á propuesta de Berges se proclamó la República por unánime votación, y sin recordar su pasado ni pensar en lo porvenir, los diputados sin distinción de partidos, gritaron nueve veces consecutivas ¡Viva la República! desfilando luego, sin cesar en sus gritos, por delante del pueblo que se asociaba, como un solo hombre, á aquella inmensa manifestación.

Después de semejante escena, podía creerse que la República no hallaría en la Asamblea la menor oposición; pero no tardó en conocerse que el único

objeto de los representantes al gritar tan fuerte había sido aturdirse, y que se aprovechaban de la circunstancia de no exigirse de ellos juramento de fidelidad, para reunirse en fracciones, formar planes de campaña y levantar sus baterías.

A pesar de esto, el tercer partido republicano, compuesto de periodistas, de hechuras y de agentes de *El Nacional*, era el que predominaba en la Asamblea y el fué quien decidió el nombramiento del presidente Buchez, de los vicepresidentes Recurt, Cavaignac, Corbon, Guinard, Cormenin y Senard y de los secretarios Peupin, Robert, De-george, Lafayette, Lacrose y Pean, pudiendo desde entonces adivinarse la preponderancia de aquel periódico.

Una vez examinadas las actas, los miembros del Gobierno provisional y los ministros se presentaron unos en pos de otros, á dar cuenta de sus actos y á justificar la revolución de Febrero, lo mismo que á la República.

Con marcado disgusto fueron recibidos todos, y especialmente Luis Blanc, que presentó juntamente con Albert la dimisión de presidente de la Comisión del Luxemburgo, y que en vano propuso su quimera favorita que era la de un Ministerio de Progreso.

Resolvióse entonces para constituir el Poder ejecutivo el nombramiento de cinco individuos, y los primeros nombres que salieron de la urna fueron los de Francisco Aragón, Garnier-Pagés, Marie, Lamartine y Ledru-Rollin, en ocasión en que la popularidad del poeta había sido sofocada por la impopularidad del tribuno con quien le ligaba un pacto de solidaridad política.

Los miembros del Poder ejecutivo debieron renunciar á sus carteras y confiarlas á sus amigos ó partidarios, y así fué como se confió á Recurt el departamento del Interior, á Duclerc el de Hacienda, á Bastide el de Negocios Extranjeros, á Trelat el de Obras Públicas, á Cavaignac el de la Guerra, y á Flocon el de Comercio, personajes todos propuestos por *El Nacional*, á excepción del último.

Al igual que dos rivales que mutuamente se amenazan, Marrast conservó la alcaldía de París y Caussidiere la prefectura de policía.

Como fácilmente se comprende, ante semejantes elecciones y con un estado de cosas parecido, los republicanos radicales no debían mostrarse muy satisfechos; sondeóse á Ledru-Rollin y diósele á entender que podría hallar la ocasión perdida en 16 de Abril, por su falta ó su debilidad.

Mientras Sobrier, que había establecido una sucursal de la prefectura de policía en una casa de la

calle de Rivoli, tenía secretas conferencias con Lamartine acerca de las conjuraciones que se tramaban casi á la luz del día, conspirando entonces éste, según su expresión «como el pararrayo conspira contra el fuego del cielo».

A fin de restablecer la República en sus vías naturales, el club de Blanqui proyectó invadir la Cámara, expulsar á los representantes y nombrar una Junta de salvación pública, á cuyo fin invitó á los demás clubs á cooperar á la gran manifestación que debía verificarse el día 15 de Mayo en favor de Polonia.

Lo mismo el Poder ejecutivo que los ministros sabían que tendría lugar aquella manifestación y no podía oscurecerseles las graves circunstancias que debían acompañarla y las consecuencias que pudiera tener, y sin embargo no se tomó medida alguna preventiva y la guardia de la Cámara apenas fué doblada.

Acaudillados por Huber, Blanqui y Sobrier, y al grito de ¡viva la Polonia! los clubistas en número de veinticinco mil y llevando diversas banderas que agitaban en el aire, se adelantaron por los boulevares. Su objeto era presentar una petición en favor de aquel país, que en aquel momento se agitaba expirante bañado en su propia sangre, y habiendo cometido el general Courtois la imprudencia de admitir á los delegados de la manifestación, abrieron éstos las puertas á la multitud que les seguía, y en breve espacio la Cámara fué invadida en medio de un espantoso tumulto, quedando los representantes como presos en sus bancos y el presidente detenido en su sillón.

Raspail leyó la petición; Blanqui añadió á ella atrevidas consideraciones políticas; Luis Blanc fué llevado en triunfo y saludado con mil entusiastas gritos; Barbes, que permaneciera silencioso hasta entonces, no pudo contenerse al ver que Blanqui, su odioso rival, arrastraba al auditorio, y lanzándose fuera de sí á la tribuna, gritó: «Es preciso que la Asamblea vote inmediatamente la marcha de un ejército á Polonia y una contribución de mil millones sobre los ricos; que prohíba tocar generala y que mande salir á las tropas de París, pues de lo contrario serán los representantes declarados traidores á la patria.»

Estas palabras fueron acogidas con una salva de aplausos, y desde aquel momento ya no fué posible hacerse oír; todos hablaban y gritaban á la vez.

Los representantes no habían abandonado el salón y Buchez se había visto obligado á firmar la orden de no tocar generala, cuando Huber se preci-

pita hacia la tribuna y grita con voz de trueno: «Ciudadanos, en nombre del pueblo declaro disuelta la Asamblea nacional.»

Redoblan los aplausos y los gritos; Buchez es expulsado del sillón presidencial; muchos representantes son insultados, amenazados y heridos.

El pueblo es dueño absoluto del salón de sesiones y se ocupa en nombrar un Gobierno provisional, mas la voz de sus jefes le arrastra tumultuosamente á las Casas Consistoriales, á donde se dirijan ya Barbes y Albert, rodeados de clubistas y gritando: ¡A las armas!

Sin embargo, en todas las calles resonaba el toque de generala y la guardia nacional se reunía á toda prisa y marchaba hacia la Cámara; la Comisión ejecutiva empezaba á recobrar las ideas y la acción.

Ledru-Rollin resistía á los que se esforzaban en llevarle á la casa de la Ciudad; Lamartine se dirigía allí con la guardia nacional para combatir la insurrección; Duclerc, al frente de un batallón de la guardia movilizada, entraba en el salón de la Asamblea, lo despejaba, y el presidente Buchez volvía á su silla y los diputados á sus bancos, y se continuó la sesión.

En breve se supo que los inspiradores, sorprendidos en las Casas Consistoriales en el acto de nombrar un nuevo Gobierno provisional, habían sido presos ó puestos en fuga: Barbes, Albert y Sobrier fueron conducidos á Vicennes, y Blanqui, Raspail, Flotte y Huber lograron evadirse.

Desde aquel día dióse principio á una reacción tanto más pronta y decidida cuanto que la opinión pública había sido con más violencia comprimida y aterrorizada por los comisarios extraordinarios, por las circulares del ministerio del Interior, por las manifestaciones del pueblo soberano, por los clubs y por los periódicos rojos.

La casa de Sobrier, que era el cuartel general de los montañeses, fué invadida y saqueada; Luis Blanc corrió grave riesgo de ser despedazado por algunos guardias nacionales embriagados con su victoria, y el general Courtois fué arrestado por orden de la Asamblea y maltratado é injuriado.

Luis Blanc y Caussidiere, acusados de haber tomado parte en la conspiración del 15 de Mayo, se defendieron con una habilidad que no desconcertó á sus enemigos, y el segundo dió su dimisión para apelar al fallo de sus electores.

Lamartine y Ledru-Rollin tuvieron también no poco trabajo para apartar de sí la sospecha de complicidad tácita con los invasores de la Cámara



y ni siquiera fueron protegidos por sus colegas de la Comisión ejecutiva.

La asonada del 15 había dado grandes bríos á todos los matices reaccionarios y también á la facción de *El Nacional*, que colocó entonces al banquero Trouvé-Chauvel en la prefectura de policía, al general Clemente Thomas en el Estado mayor de la guardia nacional y á Senard en el sillón de la presidencia.

El momento no parecía, pues, muy á propósito para celebrar la junta de la Confederación; pero esto no obstante, verificóse el día 21 de Mayo en el Campo de Marte, sin creencia, sin ilusión, sin entusiasmo, limitándose todo á un pomposo espectáculo representado en un vasto teatro, ante un público que parecía no comprenderlo.

La duda y el odio germinaban en todos los corazones y nada bastaba á despertar el ardor de 1789 al rededor del cenotafio de la República francesa.

La facción que disponía de todos los empleos en favor de sus satélites, era patrocinada por dos miembros á lo menos de la Comisión ejecutiva, Garnier-Pagés y Marie, y pensaba en la dictadura del general Cavaignac, ministro de la Guerra, si bien no dejaba de abrigar temores acerca del porvenir de su omnipotencia, en cuanto la reelección de once representantes en París, acababa de revelar los progresos de dos nuevos partidos.

Estos eran los imperialistas que habían introducido ya en la Asamblea á tres miembros de la familia de Bonaparte, é hicieron triunfar la improvisada candidatura de Luis Napoleón, y el otro, el socialista que nombraba diputados á Pedro Leroux y á Proudhon, mientras que reelegían á Caussidiere y le daban por apoyo el atrevido Lagrange, uno de los héroes de la causa de Abril de 1834.

También los orleanistas, mientras esto sucedía, tomaban alientos y vengaban con cuatro elecciones simultáneas, la reciente derrota de Thiers.

Luis Napoleón, que sabía los esfuerzos que los hombres de Estado de *El Nacional* hacían para cerrarle las puertas de la Cámara, dimitió en una carta su título de representante, aun cuando sin renunciar á ser reelegido, á fin de que la intriga de aquéllos no les condujese al punto deseado.

Al considerar los republicanos de los clubs, y los socialistas, su inmenso número, admirábanse de haber sido vencidos, y así era que la derrota del 15 de Mayo no la consideraban como definitiva.

Los clubs, á pesar de permanecer cerrados y estar prohibidos, tenían en su seno una milicia escogida que sólo pedía tomar las armas, y así fué

que únicamente para verificar una especie de revista de las fuerzas de la insurrección, se imaginó el banquete del padre Duchesne á veinticinco céntimos por cubierto, banquete democrático condenado de antemano por el recuerdo del banquete de la reforma, y que la autoridad tuvo la prudencia de impedir.

Asimismo los talleres nacionales prometían á la rebelión un ejército completamente organizado, y quiso emplearlo antes de que la Asamblea hubiese disuelto aquellos inmensos focos de insurrección.

El ministro de Obras públicas, Trelat, había hecho prender y conducir á Burdeos á Emilio Thomas, jefe de los talleres nacionales, el cual fué reemplazado por León Lalanne, adicto de *El Nacional* y cuya ausencia, quizás concertada, dió principio á la disolución de aquellos talleres, disolución reclamada con insistencia por la mayoría de la Cámara, y que también consignaba el dictamen, redactado ya por la Comisión que debía estudiar tan escabrosa cuestión y de la cual fué nombrado secretario, Talloux, diputado legitimista.

Grande y sorda fué la fermentación que se produjo entre aquellos enérgicos y turbulentos hombres al tener conocimiento de estos hechos, y enviaron una diputación de cinco miembros á la Comisión ejecutiva, exponiéndole que se hallaban amenazados de morir de hambre y de miseria, siendo así que se les había prometido organizar el trabajo y abolir el proletariado.

Marie, que recibió á los delegados, en 22 de Junio, les contestó que el Gobierno estaba decidido á hacer cumplir, hasta por la fuerza, los decretos de la Asamblea; y uno de los enviados, fanático socialista, llamado Pujol, excitó á sus compañeros á protestar contra semejante arbitrariedad. «¿Sois acaso esclavos de ese hombre?» dijo Marie á los enviados, y esta frase mal comprendida, ó al menos mal interpretada, puso en combustión á los talleres nacionales.

Aquella misma noche y á la voz de Pujol, reuniéronse en la plaza del Panteón los jefes de sección y aquél les dijo: «Mañana á las seis volved aquí y el pueblo decidirá» y los conjurados se dispersaron murmurando en voz baja «¡Trabajo ó plomo!»

La Comisión ejecutiva recibió aviso de lo que pasaba y, después de dar las órdenes oportunas, llamó á su seno al general Cavaignac para informarse de los medios de defensa de que disponía, separándose después sin la menor inquietud.

Al siguiente día 23, á las seis de la mañana, los trabajadores de los talleres nacionales, invaden la

plaza del Panteón y sin que se oyera ningún grito se construyen barricadas en los arrabales, desplegándose en todas partes la bandera roja.

Los insurrectos aparecen armados y todo indica la existencia de una vasta conspiración, cuyos directores se ocultan, y que se desarrolla según un plan combinado de antemano.

A pesar de que París cuenta con veintitrés mil soldados, no se muestra la tropa por ninguna parte; la guardia nacional se reúne al toque de generala y un batallón de la legión segunda, es recibido con repetidas descargas al pasar ante una barricada de la calle de San Dionisio, empeñándose al momento un vivo tiroteo, y la guardia nacional se encuentra sola con la guardia movilizada para

sostener el fuego en el parque de San Lázaro, en el arrabal del Temple, en los muelles, en los alrededores de la Casa de la Ciudad y en el cuartel de Santiago.

La guardia nacional, secundada con admirable ardor por la guardia movilizada, cumple bien con su deber, pero las tropas no aparecen, permaneciendo con el arma al brazo ó alegando que no tienen órdenes.

Y á la par que tan graves acontecimientos tenían lugar, discutíase en la Asamblea la disolución de los talleres nacionales, y poco después las tropas empiezan á obrar, pero sin un plan, sin actividad y por lo tanto con indecisión; pero por fin los generales Lamoriciere, Bedeau, Duvivier, Damesne y



Muerte del duque de Orleans.

Brea toman cada uno el mando de una división, acudiendo finalmente la artillería, cuyos disparos derriban una tras otra todas las barricadas; sin embargo, llegada la noche éstas vuelven á levantarse más numerosas y más fuertes.

Los sublevados, que reciben refuerzos, funden balas y fabrican pólvora y, dueños de varias *mairies*, avanzan hacia las Casas Consistoriales y se fortifican en el Panteón.

La Asamblea se constituye en sesión permanente; la Comisión ejecutiva, que expide órdenes sin ser obedecida, no desconoce los terribles progresos de la insurrección; el general Cavaignac, jefe de todas las fuerzas militares, parece vacilar y guarda un inexplicable silencio, mientras que á su alrededor y con su conocimiento, pero sin su cooperación, una facción de ambiciosos medita la deposición de la Comisión ejecutiva.

De nuevo al día siguiente se traba el combate con más ardor, la insurrección gana terreno, el tiroteo, los cañonazos y el toque de rebato van acercándose á la Asamblea, que delibera y que también participa de la general incertidumbre.

Solicítase la declaración de París en estado de sitio, la concentración de todos los poderes en manos del general Cavaignac y la Asamblea no vacila, exclamando Bastide, uno de los agentes de la intriga urdida por *El Nacional*: «Dentro de una hora la Casa de la Ciudad será tomada.»

La Comisión ejecutiva presenta su dimisión, Cavaignac es proclamado dictador y París puesto en estado de sitio.

La escena cambia de repente; Cavaignac se convierte en otro hombre: toma medidas extraordinarias, atiende á todo, dirígese en persona al teatro de la lucha, hace brotar del suelo batallones,